

## **Aquí se dice cómo una tormenta reproduce los días de violencia, esos que estremecen el corazón de las mujeres**

Una tormenta  
moja un dios en las barbas de un chivo.  
Una tormenta en el fondo del mar y de la noche  
se torna azul como pata de gallina.  
En esa tormenta pueden naufragar  
las espuelas de la vida,  
la invisible nada que golpea sus vacíos contra todo.  
Yo he visto crecer en mi país  
una negra cabellera de relámpagos  
que iluminan los cuerpos de las mujeres muertas.



## **Poema para reivindicar las carnes asadas que he comido en mi vida**

La vaca ojona, la señora actriz,  
se fue para siempre, se marchó al fin.  
¿Quién mató la vaca, quien le hizo pum, quien le hizo chis?  
Está bocarriba como una perdiz:  
al matadero la llevan partida,  
la vaca bife, la churrasco vaca,  
la de cuero para zapatos, la de cuernos para dados,  
la de sesos al jerez, la de hígado encebollado,  
la vaca que en el potrero era emperatriz.

---

\* Santa Marta, Colombia. Poeta y novelista. Libros de poesía, entre otros: *Indiada* (1971), *Los escritos de don Sancho Jimeno* (1982), *Simulación de un reino* (1995) y *La otra épica del Cid* (2011). Novelas: *La risa del cuervo*, premiada en Buenos Aires y en Colombia; *Un cadáver para armar*. Autor de tres biografías: *León de Greiff en el país de Bolobombo*, *Jorge Eliécer Gaitán: el fuego de una vida* y *Totó la Momposina, la memoria del tambor*. A lo anterior se suma *Crónicas para olvidar la historia*. Ha colaborado en las revistas nacionales e internacionales. Su trabajo ha sido traducido al inglés, ruso, portugués y catalán. *La otra épica del Cid* recopila su obra poética. En el 17° Festival Internacional de Poesía de Bogotá y la revista *Ulrika* fue el poeta homenajeado.

**Decires de maricocha, la malcriada, de quien se dice  
tenía entre sus virtudes, un trasero prominente y  
entre sus desgracias, la de ser hija de don Alvaro de  
Oyón, el tirano encomendador, quien la educó justo  
en su propia sazón; es decir: bronca, embustera y  
avillanada**

Maricocha la señorita  
se ha levantado la falda:  
“qué batatas”, me dije,  
“qué batatas tan bonitas”.  
Luego le vi los dientes:  
Ayy, que lengua, ayy que risa.

Maricocha se fue a la mar,  
llena de crespos y rabias:

Yo no quiero carne de vaca,  
ni ojo de ningún ternero,  
que no quiero tu agravio,  
ni probanzas con ballestas,  
no quiero ajíes que piquen  
ni pilón que los rebulla,  
sólo quiero en la tierra  
el ocio del señorío,  
la pereza y los chinchorros,  
el non sentido y el gusto,  
la limosna para el pobre,  
ítem zapato y calzones,  
cirios si acaso cuatro  
para el día que me muera.

Maricocha la señorita  
se ha levantado la falda,  
“qué batatas”, me dije,  
“qué batatas tan bonitas”.

Un día, Madre dijo: "toma, te regalo este muerto".

Era un muerto culto que en medio de la noche gritaba:

"...Qué dolor me inspira el magnánimo Eneas, el cual vencido por Aquiles, va a descender a los infiernos por haber dado crédito a las palabras del Flechador Apolo".

"Llévatelo al colegio", prosiguió Madre. "Siéntalo a tu lado, entónale tus canciones, regálale la piel de gato que guardas como tesoro, préstale tus abedules llenos de vientos, báilale tu trompo de cedro en las uñas de los ángeles, muéstrale el revés del agua que bebemos, el horno donde se asan los sueños con el olor del pan".

Todo iba bien, inclusive el muerto izaba bandera, escribía con tinta china las vocales que saltaban de las palabras para bajar del tren que las llevaba sobre las líneas dobles del cuaderno.

Pero un día llegó el aguafiestas del Maestro y dijo:

"Joven, ¿qué hace usted con ese muerto en el colegio?"

Madre tomó cartas en el asunto, recogió el muerto, lo llevó al cementerio y lo enterró en la tumba, al lado de los crisantemos.

Madre supo, por el muerto de la comadre, que Hécuba Rodríguez recordaba a Eurípides González cuando tajaba cebollas en la cocina. La rutina, sí, el diente de ajo, el ojo del rábano, la melena del perejil.

Madre insistía que hombres tradicionales podían hacer florecer la muerte que llevaban guardada en sus bolsillos.

Madre sabía que mujeres repetitivas lograban el desamor a la hora en que el jabón diluía el cariño sobre el aguamanil del baño.

"Cuando estés ante el fogón cuida que no se corte la leche", dijo Madre a Hécuba la de los dientes desportillados. No permitas que las tortillas florezcan sin el calor del fuego.

"Vigila la puerta, no sea que los dioses habituales te asignen como maestro a quien repite su voz frente a los espejos de los ecos".

"En algún sueño, una mujer vive sin haber llorado", dijo Madre.

"Esa mujer cabalga como lo haría el viento sobre la crin de algún centauro viudo".

En algún sueño, un buitre moja sin sol sus alas en las aguas de la noche.

No hay nada más triste que una mujer que llora sobre el hombro de su marido muerto.